



La marca del león

The Mark of the Lion

■ Alonso Cueto

Verónica Gazzo salió de la ducha, se enfrentó al vaho del espejo y escribió un nombre.

El gas se deshacía lentamente, el dedo persistía en un gesto lento, marcando los bordes de las letras, delineando esa franja tibia: una varita mágica que ardía en la neblina.

Terminó de escribir el nombre. Lo contempló. Dijo una palabra en voz baja. Tenía el cuerpo cubierto con la toalla. La dejó caer lentamente al suelo. Sintió su cuerpo alzado temblando frente a él.

La revelación había ocurrido la semana anterior, o quizá la anterior. Estaba allí, parecía que siempre. La revelación... es un modo de decirlo.

La tristeza, el vacío, un dolor esparcido y concreto.

El hecho de haber cumplido cuarenta años quizá había influido. El hecho de haber cumplido cuarenta años y la voz de Miguel Torres (el del nombre de vino), esas frases cuando se lo había encontrado en una reunión.

Lo he visto, le había dicho Miguel Torres. Lo vi el otro día. Estaba en la casa de un amigo. La verdad es que se le ve muy bien, está muy gracioso, muy elegante, es un tipo muy divertido. Y se le ve muy bien, parece que no hubieran pasado los años.

Estaba hablando de Julio.

El nombre en el espejo.

* * *

Verónica se vistió rápidamente. Abrió la puerta.

Era casi la hora de la reunión. Hoy iban a presentarse dos nuevos clientes. Querían hacer una gran campaña para Navidad. Los detergentes, jabones, *shampoo*, la marca Gómez de los hermanos Gómez.

El doctor Quiroga le había encargado hablar con ellos. Hay que explicarles todas las ventajas de la agencia. Tenemos a creativos de primer nivel, vamos a hacerles una campaña publicitaria de gran impacto, es cuestión de ponernos de acuerdo en una idea base.

El autor (Lima, Perú, 1954) es uno de los narradores peruanos más fecundos del momento actual. Entre sus relatos destacan: *Grandes miradas*, *Demonio del mediodía*, *Amores de invierno*, *Deseo de noche*, etc. El año pasado publicó: *Mario Vargas Llosa. La vida en movimiento* (una larga entrevista con el gran maestro arequipeño).

Verónica era una experta en el arte de persuadir a clientes de las bondades de la agencia de publicidad Cosmos. Había trabajado allí tantos años. Sabía exponer una idea ante un grupo de ejecutivos, sabía diseñar conceptos básicos para orientar a un creativo, sabía interpretar los gustos y preferencias de los sectores sociales en cualquier encuesta de mercado.

Lo que no sabía era de lo otro.

De lo otro: elegir una pareja, saber qué pareja le convenía. Había escogido siempre pensando en el placer y la aventura, en el baile de los próximos segundos, en la incertidumbre, en el riesgo, en el miedo, en las noches vibrantes. No elegía pensando en la sensatez, en los hechos, en los largos días, en la lenta y trabajosa vida.

Por eso se había casado con Papo.

Por eso veinte años antes, había hecho a un lado a Julio.

Papo se le había acercado envuelto en los humos de una fiesta en el club. La había sacado a bailar tomándola de la mano. Solamente se había acercado, la había tomado de la mano y la había llevado a la pista, completamente seguro de que ella estaría contenta allí, bailando con él siempre. Papo era así.

Del mismo modo que al día siguiente le había propuesto salir a cenar, que la había besado, que la había llevado a un viaje a la costa norte, que la había desnudado la segunda noche, que la había conducido de la mano al altar de una iglesia atiborrada.

Julio en cambio la había invitado a salir un tiempo antes. Su trato estaba investido de las ceremonias de un caballero. Le había abierto la puerta del auto para que ella entrara, le había hablado en voz baja preguntándole por sus estudios, la había besado con toda suavidad al salir del cine. Pero no era solo un caballero. Era también un tipo que miraba la vida de frente, con las armas del optimismo y el orden y la decencia. Esa alegría natural que tenía Julio... esa alegría revelada contra las presiones del olvido. La culpa había atizado a los fantasmas. La memoria es una larga corriente subterránea. La conciencia es una selva o un río que tiene mesetas y llanuras y también follajes. En uno de estos últimos se había escondido la cara de Julio. Hasta ahora. La cara y el cuerpo de Julio esparcidos dentro del suyo.

La memoria envía sus boletines, pensaba. Los despachos del pasado de los últimos días. En todos ellos, Vero aparecía parada frente a un Julio entero y risueño. Él le hablaba, la hacía reír. Las escenas fulgurantes, los pequeños relatos: cuando fueron a comer y ella pidió los platos más caros de la lista, cuando ella fue al cumpleaños de su madre y no le habló mucho a sus hermanas, cuando llegaron a un lugar a bailar y otro hombre se le acercó: historias en las que ella siempre terminaba como la culpable de los delitos de la soberbia y la indiferencia. Los recuerdos no eran imágenes que flotaban en su conciencia. Los recuerdos son máquinas letales y esas máquinas emiten comunicados y contra ellas...

Vero se había separado rápidamente de Julio desde que había conocido a Papo. Para disgusto de su madre. Y de su padre. Se había separado rápidamente de Julio. Y no lo había sentido mucho. Más bien le había divertido despedirlo.

Hasta ahora. Hasta que se había casado con Papo y hasta que el tiempo había pasado, y hasta que había cumplido cuarenta años. La imagen de Julio se había alzado como un león. La había hecho escribir su nombre, y repetirlo en el vaho del espejo.

La reunión con los clientes proseguía.

Vamos a hacer una campaña masiva: el nombre y la cara, y el pelo castaño de Julio. Y nuestro objetivo es dirigirnos a los sectores populares donde más se usa el detergente, y la voz de Julio, yo lo único que te pido es estar cerca de ti. Tendremos el proyecto listo en dos días, y los ojos iluminados, ese pelo castaño derrumbado sobre su frente, esa voz clara y feliz, la claridad y la felicidad de esos momentos. La cara de Julio: un pozo del que brotaban siempre los chorros serenos de una sonrisa, los borbotones felices de palabras.

Salió de la reunión con los clientes y entró a la oficina de Quiroga.

Necesito ver a los creativos. Hay que presentar un proyecto en dos días. Quiero que se queden a trabajar conmigo esta noche.

Quiroga la miró, las ojeras espesas, la frente arrugada, la sonrisa rápida. Ya, le dijo. Tú dispón nomás. Yo les voy a avisar que se queden. Empiecen ahorita.

* * *

Empezar ahorita. Claro. Lo primero era ver si alguien podía darle el teléfono de Julio. ¿Alguien lo sabía? Claro. Miguel Torres, el tipo con nombre de vino. Él lo sabía. ¿Llamarlo, llamarlo así nomás?

Tendría que haber algún pretexto.

Algún pretexto como cuál. Sabía que Julio era profesor de finanzas en comercio exterior, en la Universidad de Lima. Era también investigador en Eco, una firma de consultoría económica.

Podía llamarlo allí, podía preguntarle si habían hecho ellos alguna investigación sobre los productos de limpieza y detergentes en los sectores populares, o mejor dicho en el C y en el D. Ahora que estoy haciendo una campaña...

Soñaba con estar sentada frente a él. Preguntarle por sus hijos. Sabía que tenía dos hijos. Yo en cambio no tuve hijos. Me metí a trabajar doce horas diarias después del divorcio y después ya era muy tarde y bueno, pues. Así fue. ¿El rostro invisible de él, sentado en una mesa, escuchándola? ¿Podía ser verdad?

* * *

Verónica entró a su oficina y prendió la Internet. Google. El sonido de alguien que se ahoga convertido en nombre de buscador. El nombre de un picapedrero inscrito en una gárgara corta. "Gügel". Los otros: Yahoo. Un grito de hurra en un estadio o en un rodeo. "Yajú".

Vio la barra esperándola. Escribió el nombre y el apellido. Julio Pando. Apretó la tecla. Se morrió brevemente un labio. ¿Por qué de pronto esta ola de buscar a Julio, de pensar en él, por qué?

Se habían encontrado ciento veintitrés documentos con ese nombre. Claro que no eran todos él. Había Julio Pando en Chile, en Venezuela, en Argentina. Uno era futbolista, el otro era concejal de Táchira, el otro era sociólogo, el otro profesor de una universidad.

Pero el Julio Pando de su vida figuraba en algunas entradas.

Un artículo en la revista "Enlaces" de la universidad, una ponencia en un seminario, una mesa redonda en el congreso de Economía del año anterior. Había publicado también un libro, una breve historia del comercio exterior y un manual de consejos para el exportador. Citaban una frase suya: "Saber escoger los mercados requiere de mucho estudio y paciencia". Claro, saber escoger las parejas, saber escoger las parejas requiere...

Se lo contó todo a Silvia esa misma noche mientras comían chicharrones con frijoles y helados en el restaurante de la esquina. Silvia era una amiga de tantos años, no había envejecido nunca, tenía el pelo crespo y rubio, y necesitaba comer tanto como hablar pero era especialmente perceptiva a los problemas de su amiga. "No puedo dejar de pensar en él. Esa noche me acuerdo, cuando lo dejé hablando solo, declarándome su amor, esa noche que le permití besarme y luego me bajé del auto, esa vez que hablamos por teléfono y que casi le cuelgo. Y en esa época lo quería pero decidí no estar con él y ahora no sé, no sé, no sé qué me ha pasado. Era un gatito pero ha regresado y es un león. ¿Cómo voy a hacer con él?"

—¿Está casado?—dijo Silvia mientras masticaba los chicharrones.

—Casado pero no tan bien. Dicen que tiene una esposa muy dominante. Un poco malgeniada. Así dicen.

—Bueno, ¿y qué es lo que quieres tú? ¿Se lo quieres quitar a la mujer, quieres estar con él?

—No sé. Eso ya me parece mucho.

—¿Cómo que mucho?

Silvia terminó de masticar, se limpió con un gran pañuelo, la miró de frente con sus iluminados ojos negros.

—Lo único que quiero... —Verónica parpadeó, bajó la cabeza, parpadeó... es verlo. Verlo un ratito.

—¿Y para qué?

Silvia alzó el vaso de cerveza frente a ella.

—No sé. Para que se me vaya la tristeza.

—Bueno, entonces llámalo.

Silvia pidió otro plato de chicharrón con frijoles. El mozo asintió.

—¿Vas a comerte otro plato?

—Sí, hija, tus angustias me dan hambre. Bueno, ¿entonces vas a llamarlo?

—Pero tengo miedo de crear problemas.

—Igual estás en problemas tú ahorita, con tanta ansiedad.

Vero tomó del vaso de cerveza.

—Tienes razón. Voy a llamarlo ahora mismo.

—¿Tienes su teléfono?

Un timbre, una pausa, un timbre. Una voz en la central, un anexo, la voz de una grabadora. Vero dejó el celular encima de la mesa.

—Voy a seguir llamando —dijo—.

—Sigue llamando. Si eso te hace feliz es lo que tienes que hacer.

Vio a Silvia limpiarse la boca. La servilleta tenía una mancha de frijoles.

Vero se puso de pie.

—¿Te vas?

—Sí. Ya nos vemos.

* * *

Esa noche, sola, acostada en la cama, pensó en él.

Se lo imaginó ahora. El embrujo de los años quizá lo había redondeado, le había estrechado las facciones, recortado el cuero cabelludo, finiquitado ese brillo en los ojos. ¿Había sido así?

Al día siguiente, al llegar a la oficina, llamó otra vez. Era la voz de una secretaria, una voz cordial y distante, una grabadora que respiraba. Buenas tardes, de qué compañía llama usted, el doctor no se encuentra. ¿Puedo tomar su número para devolver la llamada?

Y tú qué sabes, estúpida, pensó mientras colgaba. Tú qué sabes de él, de nosotros. No estoy llamando de ninguna compañía, oye.

Vero se quedó sentada. Su oficina le parecía de pronto más grande. Los muebles se habían alejado de ella. La lámpara colgaba en el techo sideral. Las cortinas eran un trapo muerto y abandonado. Tenían algo de siniestro.

La conciencia es una jungla, una espesura, una cabeza de león asoma. La cabeza de Julio con su pelo castaño, y algo rojizo. La melena del león.

Era octubre. Veinte años antes exactamente ella lo había rechazado por última vez, en la puerta de su casa. Le había cerrado la puerta y había oído el ruido del motor, el ruido del motor alejándose. Veinte años. Ella acababa de cumplir cuarenta. Y él. Tendría cuarenta y cinco o cuarenta y seis. Y estaba casado y tenía dos hijos, y su mujer (se lo habían dicho) era algo malhumorada.

La mujer de Julio se llamaba Berta. Así se llamaba. Berta. Un nombre anticuado, el nombre de una radionovela de los años treinta. Una mujer intemperante, especialmente con él. Se decía eso. En las reuniones sociales buscaba siempre la discusión, apenas alguien empezaba a hablar lo contradecía. Berta no tenía clase, no tenía educación, no había hecho feliz a Julio. Vero lo había conocido mucho antes que ella.

Lamarlo a la oficina, no a la casa. En la casa Berta podía contestar.

¿Y cuáles iban a ser sus primeras palabras, apenas Julio se pusiera al teléfono?

Hola, Julio. Te habla Vero. ¿Julio, eres tú? Iba a hacer una pausa, una pausa estratégica, y luego: Soy yo, soy Verónica.

Por supuesto que siempre cabía la posibilidad de una mueca, un silencio, una saliva de disgusto al otro lado. Siempre cabía esa posibilidad.

Tenía que ver la campaña de detergente y jabones de los Gómez. Casi le salía en rima. Llamaría a Julio mañana.

* * *

Al día siguiente, estaba sentada en su oficina, sola, con una taza de café hirviendo en la mano. Eran las dos y media. Tenía reunión a las tres. Una proyección en PowerPoint para el cliente, los documentos anillados con la información. Todo listo.

Le disgustaban las reuniones con los clientes. Si las hacía era para sentir la liberación del momento en el que terminaban. Dejó que pasara el tiempo. Ahora faltaban diez minutos. Los señores Gómez eran puntuales.

Vio el teléfono. Marcó otra vez.

La telefonista de la central. La secretaria de Julio otra vez.

¿De parte de quién?

De Verónica.

Hubo un silencio.

Le comunico con el doctor. No corte.

De pronto oyó su voz.

Aló. Era él.

¿Julio, Julio?

Sí. ¿Quién es?

Un silencio, un labio apretado, la superficie del escritorio.

Soy yo. Soy Verónica.

El ruido de risa, de sonrisa.

¿Verónica?

Sí. ¿Cómo has estado, Julio?

Nada, bien, todo bien aquí. ¿Y tú?

Bien. Muy bien. Bueno, más o menos...

El corazón como un tambor. La mano que cogía el objeto más próximo, un lapicero.

Te llamaba para saludarte, o sea, bueno, para saber cómo estabas, cómo estás.

Tanto tiempo, atinó él.

Sí. ¿Estás bien?

Estoy bien, sí, se puede decir que estoy bien.

¿Siempre en la consultoría económica?

Siempre.

Otro silencio, el lapicero en la mano, las yemas blanqueadas.

¿Y tú?

Bueno, yo aquí en la agencia de publicidad, en Cosmos.

¿Y qué tal?

Bien, todo bien.

El silencio, los labios que se movían.

¿Tú crees, o sea tú crees que algún día podamos vernos, que nos podamos ver?

Verónica había oído su propia voz. Le alegraba y la avergonzaba que su voz fuera tan audaz, más valiente que ella.

Otro silencio.

Sí, claro. Claro que sí.

Bueno, entonces, por qué no tomamos un café.

Ya. ¿Cuándo puedes?

Ese era su problema. La falta de resolución. La poca resolución en un hombre. Por qué no la había citado a una hora, en un lugar. Cuándo puedes.

Yo puedo cualquier día, dijo ella, cualquier día menos hoy. Pero tú eres el más ocupado.

¿El lunes, qué te parece el lunes?

Ya, el lunes.

Hay un lugar, decía él, hay un lugar en la cuadra tres de Camino Real. Un lugar que se llama el Casablanca, por qué no nos vemos allí.

Sí, lo conozco. El Casablanca.

Vero lo recordaba. Un lugar solitario y limpio. Una buena elección.

El lunes entonces. A las cuatro, ¿te parece?

Ya. A las cuatro.

Otro silencio.

Hasta luego, Julio.

Adiós.

Colgó y miró el reloj.

El teléfono sonó. Los Gómez acababan de llegar. Era hora de empezar la reunión.

Al llegar a su casa esa noche, besó a Tito, su cocker spaniel, y se sentó frente al televisor. Pasó los canales, revisó los periódicos, y miró el techo.

Eran las ocho y media de un viernes. Tenía todo el fin de semana para regodearse en la espera de su cita del lunes. ¿Julio estaba en ese momento en su casa? ¿Qué cara tenía mientras salía al cine con su esposa, pensando, me ha llamado, y voy a verla, qué cara tendría?

El fin de semana pasó lentamente. El sábado por la mañana Vero fue al gimnasio, por la tarde salió con su amiga Silvia (le propuso un nuevo sitio de hamburguesas). Silvia la convenció para ir al cine. A ver "Troya". A Brad Pitt. Me dicen que las piernas se las han recortado con una computadora. No importa. Vamos. Después del cine, unos tragos en el Bohemia y después, después, una peña de música criolla. Hasta las tres.

El domingo por la mañana se quedó en la casa acariciando a Tito, leyendo los periódicos. Por la tarde pasó a ver a su madre.

El lunes temprano, entró al baño y se enfrentó al espejo. ¿La blusa roja con pantalones? ¿El traje blanco con falda? Estaba demasiado corta y sus piernas... no muy agresiva o audaz tampoco, no declarar demasiado con la ropa. Lo mejor sería una blusa azul con pantalones negros. Zapatos con taco pero ancho.

Mientras iba a la oficina, desvió el carro. Estaba frente a la oficina de Julio. Unos árboles, unos autos, una puerta grande, un guardián que la miraba.

¿Julio era de llegar temprano? Probablemente sí. Eran las ocho y media. Pero quizá él estaba allí desde las ocho. Esa chica de traje negro y zapatos de taco que entraba al local con su cartera de cadena de oro, ésa lo veía todos los días. Ella, sí.

Movió furiosamente la llave. Se cuadró en el estacionamiento, junto a la agencia. Qué patética que eres Vero, esperando a ver a ese hombre en la esquina, qué mal.

Por fin, dieron las tres. Entró al baño. Se delineó los ojos. Se pintó, se peinó.

Podría entrar al baño otra vez.

Pensó en su madre.

Salió hacia el restaurante.

El Casablanca tenía ventanas anchas y oscuras. Cuadró en la esquina. Caminó, un andar rápido y vacilante. Quería ser la primera en llegar. Llegar antes.

Pero al entrar, lo vio.

Era él. Era Julio.

Era el hombre en el que había pensado todas estas semanas o meses, la forma humana que había tomado su extraordinaria tristeza de estos últimos tiempos. Lo vio pararse a darle un beso, sintió la ligera palmada en los hombros. Se sentó frente a él.

Solo entonces, cuando se encontraba sonriéndole, mirándolo sonreírle, fue cuando se dio cuenta de lo que había ocurrido.

Julio estaba en buena forma, no había engordado mucho, no había perdido demasiado pelo, tenía un buen semblante a pesar de alguna arruga y algunas canas en las patillas y las sienes. Tenía siempre ese aire atlético y alegre, un optimismo ágil que lo rodeaba como un halo.

Pero había algo nuevo. Tenía una marca junto al labio, como una línea gruesa que lo bifurcaba, el esqueleto de un alacrán o de una lagartija, un cuerpo oscuro y unas patitas que brotaban.

¿Era una mancha nueva?

¿Cómo has estado? Tenía tantas ganas, no sé, es que durante estos años, la verdad, he pensado en ti. Y yo también, decía él, y yo también, pero es que... la verdad es que yo era demasiado niña, yo no sé, estaba tan loca, cuántos hijos tienes. Yo me casé pero no tuve hijos. Primero tuve una pérdida, un aborto natural, después me metí a trabajar sin parar y el tiempo fue pasando y no sé, me hice un tratamiento, pero luego tenía un problema con la sangre, tengo sangre Rh negativo y me dijeron que había un riesgo con el segundo hijo. Sufrí mucho y luego también me separé de mi marido. Un sinvergüenza mi marido. ¿Y a tus hijos cómo les va? Bien, creciendo. Muy bien, el mayor ya termina el colegio, quiere estudiar ingeniería de sistemas. Es la carrera de moda.

Tenía una sonrisa, una voz tranquila, un trato gentil. Era el mismo. Pero no. Hubo una pausa en la conversación. Julio la tomó de las manos. Vero bajó la cabeza y lo miró de frente.

—Julio, dime una cosa.

—Sí, ¿qué?

Ella miró hacia la ventana y lo encaró.

—¿Podrás perdonarme, alguna vez? ¿Podrás?

Sonrió.

—Claro que sí, no tengo nada que perdonarte.

—Ya.

Ella lo observaba.

—¿Y eso?

—Ah... me estás mirando aquí, la mancha esa que tengo, dices. Me han dicho que me la pueden operar. Pero no sé. Si a la gente que me quiere no le importa, no tengo para qué hacerme nada. Con mis hijos hacemos broma de la mancha. Además... —alzó la mano, terminó la taza de café—, es una mancha que siempre tuve. Cuando nos conocimos, ya la tenía.

—No la recuerdo —dijo Vero lentamente.

Siguieron hablando. Amigos de entonces, recuerdos de fiestas y reuniones, profesores de la universidad. Empezaba a oscurecer.

Tengo que regresar a la oficina, a terminar unas cosas. Ha sido lindo verte. ¿Podremos vernos de nuevo? Para conversar, dijo él. ¿No podríamos vernos de nuevo? Claro que sí.

Esa tarde, Vero no regresó a la oficina. La mancha se alargaba y de la línea central brotaban las patitas.

Fue al mismo restaurante de la esquina y comió frijoles con chicharrones. Luego pidió cinco botellas de cerveza. Se las tomó rápidamente.

Esa noche volvió a su casa. Se abrazó a Tito, su cocker spaniel. Llenó la tina de agua tibia y se quedó allí con una revista. Sumergirse en el agua, sentir su cuerpo disolviéndose, sus piernas entre las ondas. ¿Había tenido esa marca también cuando se habían conocido? ¿Eso le había dicho? Una corriente de alivio la estremeció.

Esa noche, sacó del cajón la foto de Papo, su ex marido, y la puso en la almohada junto a ella. Se quedó dormida.